
La compañía de voluntarios de Cataluña en la Nueva España

Walter O. Arias Estrada

El nacimiento de México como nación independiente conllevó a un proceso de transformaciones y conflictos que dieron lugar al establecimiento de instituciones propias a partir del siglo XIX. Una de esas instituciones fue el ejército, el cual tuvo su origen en la tradición europea, con elementos totalmente occidentales, herencia de la organización borbónica. Las primeras milicias se integraron durante el periodo virreinal, cuando se instruyó a determinados sectores de la población para el servicio de las armas, marcando así las tradiciones castrenses que llegaron a dar una identidad al ejército cuando México se convirtió en una nación independiente.

Resulta evidente que diferentes formaciones militares españolas dieron lugar al actual ejército mexicano, establecido a partir 1821. Durante los primeros tiempos del siglo XIX se conservaron los uniformes borbónicos y algunos nombres como el del Batallón de Dragones o Granaderos, que fueron algunos de los cuerpos que se crearon en el virreinato de la Nueva España en el último tercio del siglo XVIII, un siglo clave para la formación de México como Estada-nación. Los diferentes regimientos que más tarde se fusionarían en un solo ejército, provinieron de los cuerpos españoles formados bajo determinadas características y en distintos territorios con el objetivo de fortalecer la fidelidad. Uno de esos cuerpos fue la Compañía de Voluntarios de Cataluña; en un principio

se dispuso que debía estar formado por colonos procedentes de la Corona de Aragón, y preferentemente de Cataluña. Pero, más tarde, se tuvo que completar con mestizos y criollos, pues hubo muchos problemas sociales y administrativos que impidieron que dicha Compañía se integrara como se había pensado al inicio.

La segunda mitad del siglo XVIII fue clave para la historia de México y su formación como país. En esta centuria se fortalecieron las elites locales, penetraron las ideas ilustradas francesas, se reformaron nuevas instituciones, entre ellas, el ejército, y con el establecimiento de las intendencias se delineó la actual división política y administrativa de nuestro país, etcétera. Esto se debió a que la dinastía Borbón realizó cambios sustanciales con los que pretendió recuperar el poder de la Corona, el cuál venía perdiendo desde el siglo XVII debido, en parte, al desarrollo y fortalecimiento de las elites criollas. Este proceso desembocó en los levantamientos insurgentes en la primera década del siglo XIX. Las reformas borbónicas intentaron recuperar el control y, al mismo tiempo, dar un impulso económico a los territorios hispánicos, consiguiendo en parte su objetivo, pero la aplicación de esta política no pudo evitar la pérdida de los reinos americanos.

En la península hubo también modificaciones que buscaban racionalizar la administración y estrechar la unidad en torno a los Borbones. Estas reformas, que pueden ser entendidas como una transformación del régimen implantado por los Habsburgo, fueron también aplicadas a la economía con el propósito de impulsar la producción y fortalecer la hacienda de los territorios de ultramar. Entre las disposiciones reformistas también destaca la nueva postura del Estado frente a la Iglesia, a la cual intentó reducir su fuerza, primero prohibiendo fundar más conventos (con Felipe V) y, posteriormente, restringiendo a las órdenes religiosas su participación en algunas esferas que correspondían al Estado.¹ Sobre todo fue en el periodo de Carlos IV (1788-1808) cuando

1. Enrique Florescano e Isabel Gil Sánchez. "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico, 1750-1808". *Historia General de México*. 3ª ed. México: El Colegio de México, 1981. pp. 491-492.

se reorganizaron varios aspectos político-administrativos, incluso en la vestimenta militar.

En lo que corresponde a las reformas militares, se pretendió crear conciencia y fortalecer la lealtad hacia la Corona, teniendo en cuenta los prejuicios de las elites peninsulares con respecto a los grupos sociales que formaban la sociedad americana, pues se consideraba que los criollos no tenían el mismo nivel de lealtad a la Corona que los españoles. Así lo describe la literatura de la época Joaquín Granados y Gálvez en *Tardes americanas* expone la falta de disciplina militar de los criollos, pero reconoce su talento en las artes y las ciencias:

Fáltoles (es muy cierto) el arte Militar; pero les sobran impertérritos alientos para respirar amor, fidelidad, y cultos en favor de la Fe, del Rey, y de la Patria. Fáltales disciplina; pero les sobra ingenio, viveza, y disposición, para suplir con la habilidad las varias operaciones de la Milicia; de manera, que en lo mismo que notan a mis Compatriotas, encuentro yo la justicia y recomendación de sus méritos. Aquellos Patricios a cuyo cargo está la defensa de los Pueblos de sus Provincias, gozan las inmunidades, fueros, prerrogativas, honor, y distinciones, que aquellos que entre los enemigos se ofrecen sangrientas víctimas a la pólvora, al plomo, y al cuchillo.²

La mencionada Compañía de Voluntarios de Cataluña fue uno de los cuerpos que se crearon durante el régimen Borbón y fue destinado a los territorios de ultramar, concretamente a la Nueva España. Al principio se habló de ser una milicia que mantenía el prestigio, la voluntad y la disciplina del soldado europeo. Este cuerpo fue formado en Barcelona en 1767, bajo las órdenes de oficiales catalanes que integraban las compañías de infantería ligera. Zarparon del puerto de Cádiz rumbo a América al mando del capitán Agustín Callis. Originalmente estuvo destinada a La Habana, pero sirvió en la Nueva España,³ donde arribó en agosto de 1767 al puerto de Veracruz. La integraban 160 hombres naturales de Cataluña.

2. Joaquín Granados y Gálvez. *Tardes americanas: gobierno gentil y católico: breve y particular noticia de toda la historia indiana: sucesos, casos de la Gran Nación Tolteca a esta tierra de Anáhuac, hasta los presentes tiempos*. Edición electrónica en: Biblioteca Cervantes Virtual <http://www.cervantesvirtual.com/>

3 Carlos López Urrutia. "El Ejército Real de California". Edición electrónica en <http://www.armada15001900.net/>

El número de catalanes que arribó a la América virreinal no fue elevado, pues la regulación del ingreso al Nuevo Mundo por parte del reino de Castilla no permitió oficialmente que los súbditos de Aragón y de otros reinos europeos ingresaran a los territorios americanos en un primer momento; por otro lado, debe mencionarse que la población catalana durante los siglos XVI al XVII experimentó una caída estrepitosa. Fue durante la dinastía Borbón cuando aumentó de manera evidente la presencia catalana en América en los ámbitos del comercio y la milicia.

Para entender la presencia militar de los catalanes en América merece la pena mencionar que la militarización de Cataluña durante el siglo XVIII se debió, primero a un castigo y, posteriormente, a una estrategia militar basada en una posible invasión militar por parte de Francia, por lo que fue necesario fortalecer las fronteras. Historiadores como Felipe Vicente Algueró aseguran que el ejército se usaba como fuerza policiaco-represiva sobre la población catalana. También afirma que las obras construidas por los ingenieros militares fueron utilizadas por los civiles. Algueró resalta el papel del ejército en el proceso de adaptación de Cataluña a las políticas borbónicas que se aplicaron en todos los territorios de la monarquía.⁴

El capitán general, marqués de la Mina, tuvo una sabia actuación en Cataluña, y fue durante su gobierno cuando más se avanzó en la organización militar para conseguir un paulatino apaciguamiento de la población frente a las nuevas políticas centralizadoras de España. En esta época se construyeron castillos y grandes y medianas fortificaciones que sirvieron de baluartes, al igual que cuarteles y pabellones para resolver el problema del alojamiento de los ejércitos.

De Barcelona salieron grandes ingenieros militares como, por ejemplo, Miguel Constanzó, quien realizó obras importantes en la Nueva España. También debe mencionarse a Juan Cermeño, encargado de hacer un proyecto de reconocimiento y fortificación de la frontera con Francia. El alojamiento de los oficiales

4. Felipe de J. Vicente Algueró. "La situación militar de Cataluña a mediados del siglo XVIII". *Revista de Historia Militar*. Servicio Histórico Militar, núm. 63. 1987, pp. 103-104.

constituyó un grave problema, puesto que era una carga que sufría la población, la que además tenía que pagar un impuesto para el suministro básico de la tropa, es decir, abastecerla de camas, luz, leña y paja. Estos problemas se resolvieron con la construcción de cuarteles en puntos estratégicos de Cataluña.⁵

Los Voluntarios de Cataluña tuvieron sus antecedentes directos en los *Miquelets* en catalán, o Migueletes en castellano. También se conocieron como Fusileros de Montaña y, al parecer, conservaron el primer nombre durante mucho tiempo. Los Fusileros de Montaña o Migueletes se reclutaban en el mundo de los desempleados o de los mismos jornaleros, y muchas veces actuaron como bandoleros en la zona pirenaica de Cataluña; fueron muy temidos y la historiografía francesa los definió en un diccionario de 1771 como brutos, pérfidos, crueles, “sin más razón que los osos”. También los describen con las armas que portaban: puñales, carabinas y “una pistolita colgada de un cinturón”.⁶

En 1761 se formó también una compañía de fusileros para La Florida. En este año y el siguiente se reclutaron en Cataluña otros dos batallones de fusileros con destino a Portugal, y en 1766 se integró otra compañía para La Habana. La afluencia de voluntarios en los años de 1761 a 1762 se explica por la contracción económica que aumentó considerablemente el desempleo.

En cuanto al ejército de América, Cataluña no fue la que aportó más oficiales, como Castilla y Andalucía. Pero sí podemos decir que la contribución de Cataluña consistió más bien en las actividades que desempeñaron las academias militares de Barcelona, las cuales formaron peritos en artillería y fortificaciones, aplicadas a puertos y puntos estratégicos del territorio americano, y, por otra parte, al envío de catalanes a Cuba, Florida y a las Provincias Internas de la Nueva España, a través de la Compañía de Voluntarios de Cataluña.

5. *Ibid.*, pp.115-117.

6. Nuria Sales de Bohigas. *Senyors bandolers, miquelets i botiflers. Estudis sobre la Catalunya dels segles XVI al XVIII*. Barcelona: Empúreis, 1984. pp. 105-113.

Este cuerpo desempeñó un papel importante en los territorios novohispanos del norte como por ejemplo:

1. En la organización militar de un ejército regular para combatir a unas numerosas partidas de indios que no seguían ninguna estrategia militar ni se sometían a ninguno de los criterios tradicionales de las batallas y combates en tierras europeas.
2. En la utilización de fuerzas y armas que podían demostrarse absolutamente inútiles contra las que manejaban los indios.
3. En la acción de unos terrenos fieros, desérticos, inmensos, donde las condiciones del país podían también sobrepasar las posibilidades previstas y la capacidad operativa de aquellas unidades, que hasta el momento habían luchado en unas condiciones completamente diferentes.⁷

Ya en la Nueva España fue dividida en dos, por órdenes del virrey Marqués de Croix. Habiendo arribado a Tepic en octubre de 1767, cerca de la costa del Pacífico, la primera de las compañías fue destinada a la expedición de la Alta California, mientras que la segunda sirvió en los territorios de las Provincias Internas. Sin embargo, pocos años después, en la revista pasada en 1773 por Pascual de Cisneros, se puso de manifiesto la falta de armamento en la tropa. El virrey Bucareli destinó una partida de presupuesto para la compostura de las armas. Uno de los capitanes de la Compañía de Voluntarios de Cataluña, Antonio Pol, aseguró que el mal estado de la compañía era porque estaba integrada por individuos viejos y achacosos que no servían para el servicio de las armas, y pidió que se licenciaran y se sustituyeran por soldados jóvenes.⁸ Se hizo énfasis en lo importante que era el hecho de que los reclutas fuesen catalanes o europeos, pero nunca nativos de América.⁹ Esta situación continuó en los años siguientes según las revistas pasadas por los diferentes mandos militares del virreinato.

7. F. Boneu Companys. *Pere Fages. Un català molt singular a Califòrnia*. Lleida: 1991, pp. 37-38.

8. Comienzan los problemas técnicos y de composición de los cuerpos peninsulares, los cuales deberían estar en excelentes condiciones para lograr los objetivos deseados por la Corona. A pesar de ser peninsulares no contaban con un buen estado armamentístico.

9. María del Carmen Velázquez. *El Estado de Guerra en Nueva España*. México: El Colegio de México, 1997. pp. 106-107.

Sin duda hubo críticas y oposición hacia las reformas borbónicas y las milicias que vinieron de Europa, como la mencionada Compañía de Voluntarios de Cataluña. El historiador Felipe Castro recoge una interesante apreciación de un libelista anónimo en tiempos de su llegada:

Los migueletes, a su entrada, profesaban no hacer de bueno nada, y en libertad que dieron de conciencia, malo fue cuanto hicieron de experiencia: las mujeres, los juegos, las bebidas, pagaban con bravatas, con heridas, y aunque a vista de todos se paseaban, los jueces sus excesos toleraban, [...] No quedó pícaro de marca entera a quien en tal facción no se admitiera; y aun parece, según se vio patente, que de éstos se buscaban solamente.¹⁰

Esta burla que reflejó el comportamiento de la Compañía en Nueva España contrasta con lo que registra la historiografía francesa en cuanto a su fiereza y su descripción como desalmados; en cambio, el papel que desempeñaron en Nueva España se distanció mucho de lo que fue en sus inicios y a lo largo de su historia en Europa.

En los años siguientes, el virrey Revillagigedo ordenó que varias compañías, entre ellas la de Voluntarios de Cataluña, regresaran al centro del virreinato. La Primera, después de la expedición en California, se destinó a Nutka, puerto amenazado por los rusos, en el actual territorio de Canadá; mientras que la Segunda, destacada en las Provincias Internas, fue trasladada a Guanajuato para proteger a la ciudad de los motines que venían dándose a raíz de la expulsión de los jesuitas en 1767 y ante el temor de que se produjeran más en los siguientes años.

Con estos destacamentos ubicados en diferentes partes del virreinato se pretendió reforzar la seguridad de las rutas comerciales, o al menos fue lo que se buscaba. El virrey Revillagigedo explicó que la Segunda Compañía desde su creación había permanecido en las Provincias Internas hasta que ordenó su cambio a Guanajuato. Aquí fue sostenida

10. Felipe Castro. *Nueva Ley y Nuevo Rey. Reformas borbónicas y rebelión popular en Nueva España*. México: El Colegio de Michoacán-UNAM, 1996. pp.99-100.

11. Ernesto de la Torre Villar (coord.). *Instrucciones y memorias de los virreyes novohispanos*. México: Porrúa, 1991, v. 2, p. 1128.

con los arbitrios de las milicias y permaneció hasta que las circunstancias de guerra la obligaron a trasladarse a Perote, Veracruz.¹¹

En cuanto a la Primera Compañía cabe recordar que tuvo un papel muy destacado en la exploración y colonización de la Alta California, empresa en la que sobresalieron personajes como Pedro Fages, teniente de la compañía, quien se relacionó con los padres Juan Crespí y Junípero Serra; el capitán Pedro Alberni se convirtió en uno de los primeros exploradores en llegar hasta el actual Vancouver; Gaspar de Portolà es considerado como uno de los principales colonizadores de la Alta California.

Durante décadas la Segunda Compañía permaneció en las Provincias Internas y no se movió prácticamente hasta que se destinó a Guanajuato. La Primera recibió órdenes de trasladarse a Guadalajara. El papel que desempeñó la Segunda en esa ciudad minera consistió principalmente en vigilar a las élites porque se oponían a la presencia de milicias externas, es decir, peninsulares, pues preferían mantener la milicia urbana conocida como Legión del Príncipe, formada por vecinos de la localidad; de esta manera este cuerpo militar estuvo más cerca de los intereses de las élites locales que de la Corona.

Cabe añadir que el papel que desempeñaron los Voluntarios de Cataluña no fue de suma importancia durante los años que permaneció en la Nueva España, salvo la labor que desempeñó la Primera en la Alta California. Cuando estuvo en los últimos años del siglo XVIII en Perote tuvo muchos problemas como las muertes, las deserciones, las plazas vacantes, el envejecimiento de los soldados y el del armamento deficiente, el cual muchas veces llegaba así desde España, lo que le quitaba efectividad a sus actividades.

La Segunda Compañía de Voluntarios de Cataluña y la guerra de independencia.

No hay registros sobre la participación activa de este cuerpo durante la guerra de independencia. Se tiene documentado que en los inicios del siglo XIX la Segunda Compañía de Voluntarios de Cataluña se encontraba en muy malas condiciones, las cuales fueron descritas por el virrey Félix Berenguer de Marquina (1800-1803), quien en sus cartas 154 y 228 de su correspondencia mencionó:

[154]...y la segunda en el fuerte de San Carlos de Perote, con tan poca gente, como que para completarla he tenido que destinarle, por el término de un año, treinta y cinco hombres sacados de cinco regimientos provinciales.

[228] Los fondos de los cuerpos veteranos de infantería, incluso los de las dos compañías de voluntarios de Cataluña, se hallan generalmente en mal estado; la mortalidad que sufren en Veracruz, y la desertión a que propenden estos soldados, son las verdaderas causas de que estén arruinados dichos fondos, especialmente los de gratificación de plazas...¹²

A partir de este momento los registros que se tienen sobre la Segunda Compañía son de decesos, vacantes y licencias, vacíos que cubrieron con gente que había cometido algún delito o como castigo que se impuso a los milicianos. De igual manera, teniendo en cuenta los antecedentes de algunos de los integrantes no es raro encontrar registros de sanciones por robo e indisciplina entre la tropa. Por ejemplo, uno de los integrantes de dicho cuerpo, *un cabo disperso* de nombre José Castro, desertó para unirse a los insurgentes al mando de José María Morelos, quienes le reconocieron el grado de capitán. Este desertor de la Segunda Compañía de Voluntarios de Cataluña había servido en ella antes de que se trasladara de las Provincias Internas a Guanajuato en el año de 1792. A causa de esta desertión y cambio de bando fue sometido

12. *Ibid.*, p. 1407 y 1420.

13. AGN. *Real Audiencia. Infidencias.*
vol. 66, exp. 1, f. 41.

a Consejo de Guerra, el cual lo condenó a muerte. Su cabeza fue colocada en una jaula y expuesta en público en el pueblo de Las Vigas en el año de 1812.¹³

Los problemas de la desertión no fueron exclusivos de esta milicia de voluntarios catalanes, ya que la defección la podemos encontrar en todos los grupos militares en general. En los años de la guerra de independencia los desajustes en la tropa estuvieron a la orden del día. Otros de los factores que determinaron el paso de los integrantes de la Compañía de Voluntarios de Cataluña a las filas de los insurgentes fue la búsqueda de ascenso social y la obtención de prestigio en una sociedad que se articulaba a través de los privilegios de sus pobladores, por lo que no es extraño encontrar muchos casos de abandono de las fuerzas realistas.

Se tuvo en cuenta el problema de los intereses de las elites criollas y sus milicias urbanas desde años anteriores al primer levantamiento insurgente. Pedro Gorostiza, subinspector general del ejército y mano derecha del virrey Revillagigedo, intentó neutralizar y al mismo tiempo vigilar el poder de las elites, como fue el caso de Guanajuato, a donde envió a la Compañía de Voluntarios de Cataluña, para desaparecer a la milicia urbana conocida como la Legión o Batallón del Príncipe. Pero en cuanto se marchó de esta ciudad se volvió a formar la milicia urbana mencionada, la cual, años más tarde, también se incorporó a la insurgencia.

Sin embargo, es importante destacar que el ejército fue una institución que se utilizó como medio para lograr el ascenso social, puesto que el ser integrante de un cuerpo militar dotaba de prestigio al soldado, y dentro de la milicia podía convertirse en un oficial o caudillo con mucha influencia.

Cabe señalar que a finales del siglo XVIII fracasó el proyecto de la Corona de formar ejércitos modelos que salvaguardaran los intereses de la monarquía. Este fracaso se puede atribuir a la exclusión de los grupos sociales que no eran peninsulares, lo que a la larga se

convirtió en un factor de debilitamiento del poder y del predominio de los intereses privados sobre los de la Corona.

A pesar de los esfuerzos para evitarlo, el ejército se nutrió de la población local que buscó la inmunidad castrense, el prestigio y el ascenso en la escala social. La parte que se incorporó a la insurgencia se explica por la falta de fidelidad a la Corona, en parte debido a intereses políticos, pero también a la ausencia de una conciencia bélica y de un “espíritu militar” que llevara a crear un sentimiento de lealtad. Además, uno de los factores importantes que influyó para que no existiera una adhesión firme fue la ausencia de grandes guerras en los territorios novohispanos, como sí sucedió en la península ibérica o en otras regiones europeas. Hay que tener en cuenta que las milicias que participaron en la lucha por la independencia se encontraron con el problema de la falta de experiencia militar, como se pudo observar en las batallas que sostuvieron los oficiales peninsulares con Miguel Hidalgo o José María Morelos.

Por último hay que agregar que para 1800 la Compañía contaba únicamente con 72 soldados y tres oficiales: el coronel Alberni; el teniente José Font, establecido en San Diego; y el alférez Simón Suárez, en Monterey. Font recibió órdenes de trasladarse al puerto de San Blas y luego a Guadalajara; en esta ciudad se encontraba la Primera Compañía cuando estalló la rebelión de Hidalgo. Como ocurrió con otros destacamentos militares de origen español, esta unidad desapareció como cuerpo independiente al ser incorporada a otra más numerosa. Este no fue el caso de la Segunda, la cual combatió a los insurgentes hasta el final de la guerra.¹⁴

14. Carlos López Urrutia. “Los voluntarios de Cataluña en California (1768-1803)”. Cléber Alfonso Chávez Marín (coord.). *Estudios Militares III*. Guadalajara: UNIVA, 2007, pp. 140-141.